

del México moderno, apoyándose en los aportes de varios estudios antropológicos y etnológicos recientes (R. Girard, C. Duverger...), que complementan de manera valiosa la mera valoración histórica de la Revolución de 1910.—FREDERIQUE LANGUE.

Lucena Salmoral, Manuel: "Vísperas de la independencia americana: Caracas". Madrid, Editorial Alhambra, S. A., 1986, VII + 389 págs.

La historiografía venezolana está de enhorabuena: en el plazo de poco más de un año han aparecido dos buenos libros sobre Caracas a fines del período colonial. Uno de ellos es el trabajo de P. Michael McKinley, *Pre-revolutionary Caracas. Politics, economy and society, 1777-1811*, publicado en 1985 por la Universidad de Cambridge. El otro es el que ahora reseñamos y que con el atractivo título de *Vísperas de la independencia americana: Caracas*, constituye una sólida monografía histórica en la que la primera sorpresa es su misma publicación a cargo no de un organismo oficial sino de una editorial privada, algo por desgracia no muy usual en nuestra disciplina aunque cabe esperar que lo será cada vez más, al menos durante los próximos cinco años. La primera felicitación, pues, a la Editorial Alhambra, a la que dentro de poco habrá también que agradecer la edición de una nueva *Historia de las Américas* que en estos momentos se está preparando dirigida por Luis Navarro García.

La segunda y más importante felicitación es, naturalmente, al Dr. Lucena Salmoral, que de nuevo nos ofrece un riguroso y bien documentado trabajo de investigación, centrado en este caso en el análisis de la situación socio-económica de la provincia de Caracas en vísperas del golpe del 19 de abril de 1810, tema que, por lo demás, encaja perfectamente en la conocida trayectoria investigadora de M. Lucena y en el creciente interés que viene mostrando por los aspectos sociales y económicos de la historia colonial americana —no en vano la revista de la que es fundador y director se llama *Estudios de Historia Social y Económica de América*.

Sin embargo, en el libro que comentamos el objetivo primordial del autor no es sólo estudiar la sociedad y la economía caraqueñas durante las últimas décadas coloniales —lo que ya habría sido bastante—, sino sobre todo intentar averiguar mediante este análisis cuáles fueron los verdaderos móviles que guiaron a los protagonistas de ese golpe de 1810, cuando el cabildo de Caracas destituyó a las autoridades españolas y nombró una Junta de gobierno, comenzando así la recta final del proceso emancipador. Este planteamiento queda claramente explicitado ya desde la primera página del libro en el título de la propia introducción ("Los objetivos de la revolución de los mantuanos"), y se mantiene a lo largo de todo el trabajo que de esa forma gana un nuevo interés por cuanto viene a ser un esfuerzo de interpretación de las causas de la independencia venezolana.

En este sentido y aunque, tal vez llevado por la inercia de expresiones ya consagradas, el Dr. Lucena alude numerosas veces a la "revolución caraqueña contra España" o "contra el sistema colonial español", lo cierto es que la historia tradicional de una lucha de criollos revolucionarios que aprovecharon la ocasión de la invasión napoleónica de España para derribar el régimen colonial, queda una vez más desmentida en este libro cuya conclusión última es que el auténtico objetivo de los "revolucionarios" caraqueños de 1810 fue impedir que Venezuela cayera bajo el dominio francés, igual que había caído España. Así pues, la *ocasión* viene a ser la *causa* y la llamada *revolución* caraqueña sería más bien una *contrarrevolución* en la que la oligarquía quiso evitar el sometimiento a unos nuevos gobernantes franceses, a los que se suponía impregnados de "principios igualitarios y sin el menor respeto a la religión y a los valores tradicionales. Con los franceses sobrevendría el caos social. Los pardos se insolentarían... Hasta era previsible una revolución de los esclavos, tal y como había ocurrido en Haití. Vene-

zuela además sería atacada por los británicos..." (pág. 386). Y por cierto que este último aspecto no era el menos importante, habida cuenta de que más del 70 por 100 del comercio exterior caraqueño dependía en esos momentos de los mercados británicos y norteamericanos. Por consiguiente, "Venezuela no podía continuar unida a una metrópoli que había sido deglutida por Francia, la enemiga de la Gran Bretaña. La única solución era la emancipación y los únicos capacitados para realizarla eran los mantuanos" (pág. 389).

Para llegar a esta conclusión —coincidente, como se ve, con lo que Miguel Izard llamó "el miedo a la revolución"—, Lucena estudia previamente el estado en que se encontraba la provincia de Caracas en los años anteriores al comienzo del movimiento independentista, centrándose en tres sectores claves como son sociedad, producción y comercio, en los que realiza una revisión sistemática que muchas veces se remonta a la década de 1770 e incluso más atrás. Este triple ámbito de estudio marca la estructura general del libro, que se divide en tres partes o capítulos ("Los recursos humanos", "La producción" y "El comercio"), cuya extensión va aumentando en progresión geométrica, de manera que cada capítulo tiene aproximadamente doble número de páginas que el anterior.

Continuando con los aspectos formales, hay que señalar también que resulta muy útil la inclusión al final de cada capítulo —y a veces tras algunos epígrafes— de unas páginas de "conclusiones" o recapitulación, y todo ello, junto con la claridad expositiva y el estilo ágil y directo con que está escrito el libro, facilita mucho su consulta y de alguna manera compensa por la ausencia de índice de materias o de nombres, que en mi opinión no debería faltar en este tipo de trabajos monográficos.

El profesor Lucena tampoco ha querido —o tal vez no ha podido por razones editoriales— ofrecernos al final la bibliografía existente sobre el tema, ni siquiera la relación de obras citadas en su trabajo, con lo cual —y al margen de otras consideraciones— es obvio que se dificulta ofrecer algo que normalmente se espera encontrar en una reseña: el comentario acerca de la validez, calidad o exhaustividad de los fundamentos documentales y bibliográficos de la obra reseñada, y que en este caso hay que rastrear en más de 1.200 notas a pie de páginas. Y a propósito de las notas, resulta sorprendente el notable descuido formal con que están realizadas y que aconseja una revisión completa para el supuesto de una segunda edición.

En cualquier caso, el aparato crítico de la obra evidencia que el Dr. Lucena basa su estudio en unas excelentes fuentes primarias, tanto documentación inédita del A.G.I. de Sevilla y del A.G.N. de Caracas, como colecciones documentales —de las que la historiografía venezolana no está precisamente escasa—, o relaciones geográficas, descripciones de viajeros, o periódicos de la época como el *Semanario* y la *Gazeta de Caracas*.

Abrumadoramente amplia es también la cantidad de libros y artículos citados y que constituyen todo un alarde de erudición bibliográfica, pese a lo cual, o quizá debido a ello, siempre es fácil señalar omisiones ya sean voluntarias o involuntarias. En este sentido, y advirtiendo que no soy ni mucho menos especialista en bibliografía venezolana, es preciso indicar algunas ausencias tan notables como para llamar la atención de un no experto. Y no me refiero en realidad a la obra de McKinley, que por la proximidad de la edición debió aparecer cuando ya Lucena tenía terminado su estudio; ni siquiera a los trabajos de Elías Pino sobre la mentalidad venezolana de la emancipación; o de Mercedes Alvarez sobre comercio y comerciantes y sus proyecciones en la independencia venezolana —donde se reproducen también algunas de las nóminas de comerciantes que incluye Lucena—; o de John Lombardi sobre la esclavitud en Venezuela en la primera mitad del XIX; o de David Waddell sobre Gran Bretaña y la independencia de Venezuela y Colombia. Me refiero, sobre todo, a las varias, importantes y conocidas obras de Miguel Izard directamente relacionadas con el tema y época que estudia Manuel Lucena, quien pese a haberlas consultado, sin duda, no hace la más mínima alusión a ninguna de ellas, tratándose de trabajos que en mi opinión son en este caso no sólo de consulta sino de cita obligatoria. Sin embargo, y dado el margen de error que a este respecto puede derivarse de la falta de índice onomástico y lista bibliográfica, debe tenerse en cuenta

que me estoy refiriendo a obras que yo *no he visto* citadas, muchas de las cuales tal vez sí estén recogidas; en realidad, como se ve, estos comentarios pretenden sólo reivindicar la importancia y utilidad de incluir en estos trabajos la relación de la bibliografía consultada o, al menos, citada.

Pero dejemos ya los aspectos más externos para comentar algo más el contenido del libro, comentario que deberá ser necesariamente incompleto habida cuenta de la importancia y variedad de los temas tratados.

El capítulo I, y tras unos párrafos clarificadores de lo que se entiende por "provincia de Caracas", muestra el volumen y composición étnica de la población hacia 1810, basándose fundamentalmente en los datos y cálculos del profesor John V. Lombardi en su magnífico estudio *People and places in colonial Venezuela*, publicado en 1976 por la Indiana University Press, y del que existe un ejemplar en la Biblioteca de la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, aunque el Dr. Lucena fue a consultarlo a la Fundación John Boulton de Caracas (pág. 10, nota 14).

A la información demográfica sigue la reflexión sobre la estructura social caraqueña, destacando el epígrafe titulado "Las clases de los blancos", que en efecto muestra la gran heterogeneidad existente dentro del grupo blanco, en el que había "varias clases sociales" pues "la clase alta eran los 'grandes cacao' y la baja los españoles seguramente canarios" (pág. 34), puntualizando que entre la aristocracia latifundista y los inmigrantes canarios estaban los españoles peninsulares y la gran masa criolla. Incluso existía otro grupo blanco marginal (los que Brito Figueroa llama "blancos de orilla") que ya enlaza con las castas inferiores, es decir con los "pardos", grupo asimismo sumamente complejo y en el que, en mi opinión, debe incluirse también a los negros libres. Sin embargo, Lucena prefiere estudiar a estos últimos junto con los "negros esclavos", términos que me parecen inexactos pues obviamente a estas alturas no todos los esclavos venezolanos serían negros. También es difícilmente creíble que las más de 34.000 personas definidas como "negros libres" fueran esclavos recientemente manumitidos, algo que Lucena parece aceptar —aunque sin dejar de sorprenderse— apuntando a hipótesis como "la enorme religiosidad de estos amos, o una gran conciencia social frente al fenómeno esclavista, o unas relaciones muy íntimas y frecuentes entre amos y esclavos" —esto último parece que más bien daría lugar a "mulatos libres" y no "negros libres"— (págs. 49-50). En todo caso, por similitud de ocupaciones, consideración social, etc. los "negros libres" se acercan más a los "pardos" que a los esclavos.

El capítulo II estudia los cuatro sectores productivos de la provincia: agrícola, ganadero, minero e industrial, dedicando a cada sector una extensión proporcional a su propia importancia en la economía provincial. Tras un estudio panorámico de la situación agropecuaria a fines del período colonial y los principales problemas que afectaban al sector, analiza con detalle la producción agrícola, primero la destinada sobre todo al mercado interno ("agricultura de subsistencia") y luego la destinada fundamentalmente a la exportación o "comercializable", representada por el cacao, tabaco, añil, algodón, café y caña de azúcar, según el orden de importancia establecido por Lucena, que sin embargo antes había indicado otro orden en mi opinión más correcto: cacao, añil, café, algodón, azúcar y tabaco (págs. 87-93). Aunque se echa en falta un estudio comparativo conjunto que muestre la importancia relativa de estos productos en la economía provincial, sabemos por McKinley que hacia 1775 el cacao representaba casi el 90 por 100 del valor total de las exportaciones caraqueñas, y que en 1809 había bajado al 45 ó 50 por 100, mientras que en el mismo período el índigo y el café pasaron de significar, respectivamente, el 1 y el 0 por 100 al 30 y 20 por 100 de la exportación total. Es decir, parece que "en vísperas de la independencia" los principales productos agrícolas caraqueños eran, por este orden, cacao, añil y café, seguidos muy de lejos por los demás productos. El cacao seguía siendo todavía el primer artículo exportable, pese a su drástica disminución, que continuará en los años siguientes de forma que ya en 1830 será desbancado por el café.

Y en relación con el cacao, no me resisto a hacer una aclaración personal. El Dr. Lucena cita mi tesis doctoral para indicar que en ella se muestran "unos curiosos paralelismos entre las sociedades caraqueña y guayaquileña" (pág. 108), y aunque agradezco el honor, quiero advertir que la referencia es inexacta pues en ese trabajo, como el

profesor Lucena sabe muy bien, no estudio la *sociedad* guayaquileña por lo que menos aún puedo establecer paralelismo alguno con la de Caracas. Mi tesis, de inmediata publicación por la Escuela de Estudios Hispano-Americanos, ofrece con relación a Venezuela ciertas puntualizaciones acerca de la pretendida superior calidad de su cacao frente al de Guayaquil, y el paralelismo que en todo caso puede deducirse de mi estudio es el existente entre el auge imparable del cacao guayaquileño y la simultánea decadencia irremediable del cacao venezolano, aspectos que Lucena no ha creído oportuno señalar. Como tampoco alude al notable papel que Guayaquil desempeñó en la crisis del cacao caraqueño, que sólo atribuye al hecho de que "sus mercados principales eran España y México, y ambos quedaron cerrados al producirse la independencia", de forma que "la independencia originó el hundimiento del producto rey de la agricultura venezolana" (págs. 87 y 347). Esto sin duda es cierto por lo que se refiere a España, pero no para México, mercado que el cacao caraqueño había perdido mucho antes (con datos de Arcila y Brito, el profesor Izard estableció que mientras en el primer cuarto del siglo XVIII Nueva España absorbía más del 82 por 100 de la exportación venezolana de cacao, en el último cuarto de la centuria recibía menos del 8 por 100 de esa exportación). Es indudable que México se fue cerrando al cacao de Caracas al mismo tiempo que se iba abriendo al de Guayaquil, que en cuanto pudo luchar en igualdad de condiciones —una vez eliminadas las trabas legales que obstaculizaban su comercio y privilegiaban al venezolano— necesitó sólo unas pocas décadas para ganar a Caracas la "guerra del cacao" y conquistar el mercado mexicano, principal consumidor de este producto en toda América.

Con respecto a la caña de azúcar, el último o penúltimo lugar que Lucena le asigna en la "producción" provincial, sólo se debe a considerarla como producto de exportación, aspecto en el que desde luego la caña venezolana no podía aspirar a ocupar un lugar importante en el mercado internacional. Sin embargo, Lucena advierte también que en este caso las cifras de exportación son poco expresivas ("apenas la cabeza de un enorme iceberg", pág. 139) de la verdadera importancia que en la economía caraqueña tuvo un producto cuyo destino principal era el mercado interno, bien para su consumo en forma de "panes de azúcar" o "papelones", o bien como ingrediente básico para la elaboración de aguardiente y guarapo.

El mismo planteamiento a base de cifras de exportación preside el estudio de la ganadería, minería e industria, siendo en este último caso un tanto discutible que fueran en efecto "industrias de base" algunas de las actividades incluidas en ese epígrafe (págs. 154-7).

El capítulo III, dedicado al comercio, tiene una gran importancia, en primer lugar por su propia extensión —más de la mitad de todo el libro—, y especialmente por su enorme aporte de datos inéditos. Aquí el Dr. Lucena muestra su perfecto dominio del tema y nos ofrece un estudio exhaustivo de la infraestructura comercial caraqueña: los puertos, las principales rutas y ámbitos isócronos —que no "isocrónicos"—, los barcos y sus dueños o capitanes, las diferentes "clases de comerciantes" (comerciantes, mercaderes, bodegueros y detallistas), los instrumentos de cambio (moneda efectiva o en papel, libranzas, letras, frutos, fichas), las instituciones que directa o indirectamente regulaban el comercio (Intendencia, Capitanía General, Consulado, Tribunal de Cuentas, Apostadero Marítimo), las trabas aduaneras, impuestos, precios, fletes, etc., para terminar con una breve referencia al comercio exterior caraqueño entre 1806 y 1812. Este análisis, que va acompañado de numerosas tablas numéricas y listas de nombres, es sin duda lo más importante, concluyente y novedoso del libro, y muestra los entresijos de la "máquina comercial" caraqueña, una máquina tan anticuada y pesada que hizo inevitable la intromisión de británicos y norteamericanos, quienes ya en estos momentos manejaban el comercio exterior venezolano.

Bien, parece que esta reseña ya ha resultado demasiado extensa, lo que desde luego puede considerarse como un índice del interés que la obra ha despertado en quien la comenta. Resumiendo, es evidente que este libro supone un gran paso adelante en nuestra comprensión de un período sumamente complejo de la historia americana, y sólo nos queda confiar en que pronto podamos disponer para otras áreas de trabajos monográficos de la calidad de los que ya hay para Venezuela, en cuya nómina de historiadores Manuel Lucena ha sabido ganar un lugar destacado.—MARIA LUISA LAVIANA CUETOS.